

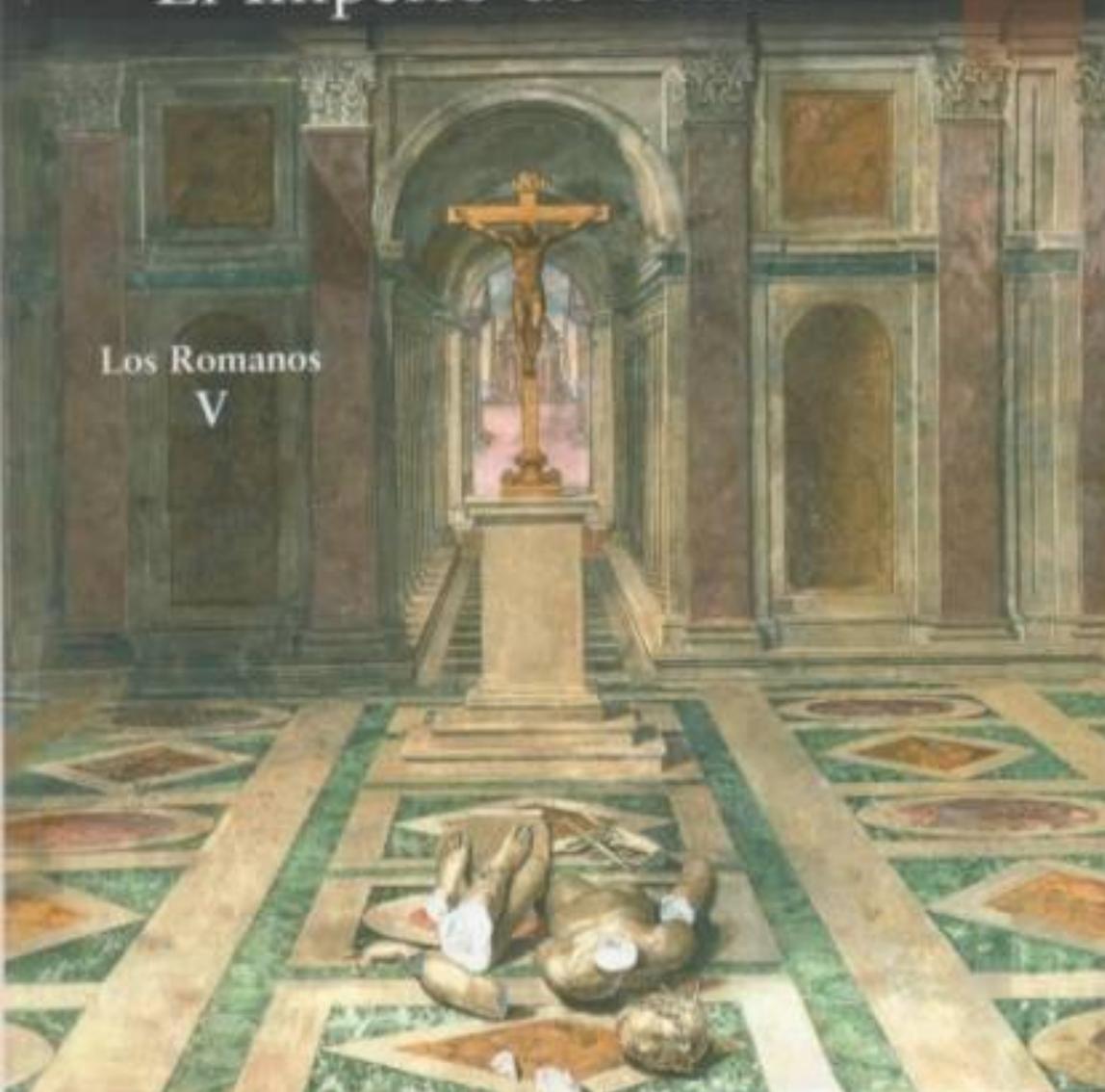
Max Gallo

Los Romanos

CONSTANTINO
EL GRANDE
El Imperio de Cristo

Los Romanos

V



«Quiero decir la verdad sobre lo que ha ocurrido y lo que he sentido». Así habló Dionisio el Viejo, un allegado al emperador Constantino el Grande, que afirmó haber sido «testigo del mayor cambio que haya conocido el Imperio de la humanidad desde el nacimiento de Cristo». Constantino el Grande cambió el destino del mundo. Convirtió al perseguido cristianismo en la religión imperial, y él mismo fue bautizado en su lecho de muerte, en 337. ¿A qué se debió esa revolución, el abandono de los dioses paganos y el reconocimiento de la divinidad de Cristo? ¿Fue por un milagro, ya que al parecer, en la víspera de una batalla, Constantino leyó en el cielo, bajo una cruz, la inscripción *Con esta señal vencerás*? ¿O es que Constantino buscó, en lucha contra sus rivales, el apoyo de las comunidades cristianas, presentes en todo el Imperio y que habían resistido a las persecuciones, a las «tormentas de muerte» desatadas por Nerón o Diocleciano? Max Gallo, a través de la voz de Dionisio el Viejo, no deja de hacerse estas preguntas. Constantino fue un emperador hábil y cruel, fiel a los cultos paganos a la vez que protector de los cristianos. Como Nerón, ordenó asesinar a sus parientes —a su hijo y a su esposa—, pero se presentó ante la Iglesia como su defensor.

REFERENCIAS CRONOLÓGICAS

Rómulo: 754-715 a. C.

República Romana

Mario, cónsul: 107 a. C.

Sila, cónsul: 88 a. C.

Guerra servil de Espartaco: 73-71 a. C. (LOS ROMANOS,
vol. 1)

Pompeyo y Craso, cónsules: 70 a. C.

César cruza el Rubicón: 49 a. C.

Asesinato de César: 44 a. C.

Imperio Romano

Dinastía Julio-Claudiana

Octavio Augusto: 27 a. C.-14 d. C.

Tiberio: 14-37

Crucifixión de Cristo: hacia el 30
Calígula: 37-41
Claudio: 41-54
Nerón: 54-58 (**LOS ROMANOS, vol. 2**)
Galba
Otón
Vitelio: 68-69

Dinastía Flavia

Vespasiano: 69-79
Tito: 79-81 (**LOS ROMANOS, vol. 3**)
Domiciano: 81-96
Nerva: 96-98

Dinastía Antonina

Trajano: 98-117
Adriano: 117-138
Antonino Pío: 138-161
Marco Aurelio: 161-180 (**LOS ROMANOS, vol. 4**)
Cómodo: 180-192
Pertinax: 193

Dinastía de los Severos

Séptimo Severo: 193-211
Diocleciano: 284-304
Maximiano: 286-304; 306-310
Galero: 304-311
Constancio I Cloro: 305-306
Severo: 306-307
Maximino II Daia: 307-313
Licinio: 307-323

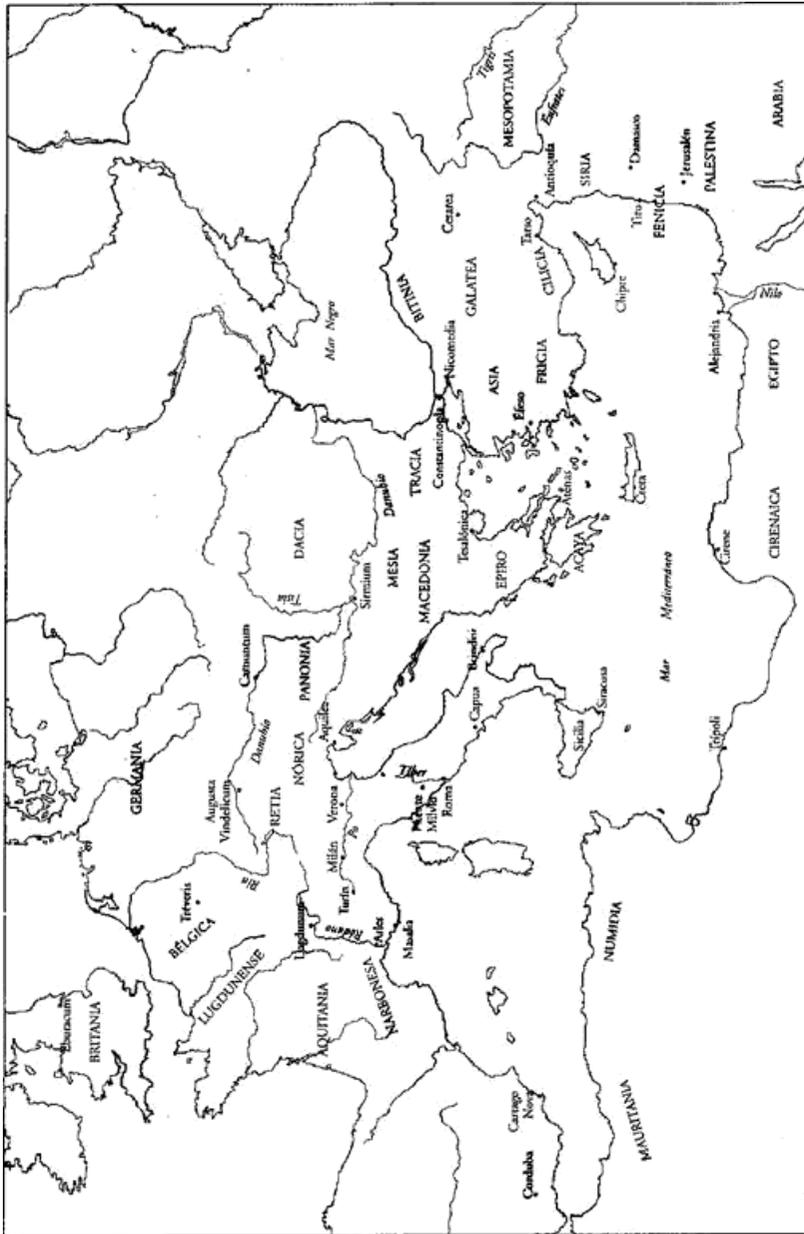
Dinastía Constantiniana

Constantino I. 306-337 (**LOS ROMANOS, vol. 5**)
Crispo César: 317-326
Constantino II: 337-340
Constancio I: 337-350
Constancio II: 337-361
Juliano: 361-363

Joviano: 363-364

476-Fin del Imperio de Occidente

Mapas



«¡GALILEO, has vencido!».

JULIÁN, llamado el Apóstata

«Resulta ridículo y extraño asombrarse de lo que sucede en la vida. Ocurra lo que ocurra, estaba previsto desde la eternidad. Tanto la existencia como lo que sucede desde la eternidad se entretajan con las causas».

MARCO AURELIO

«Que todo hombre se someta a los poderes reinantes, pues no hay poder que no emane de Dios. Los poderes existentes han sido creados por Dios; en cierto modo, quien se opone a las potencias se resiste al orden establecido por Dios».

SAN PABLO

Prólogo

1

Ambos hombres estaban de pie, frente a frente.

Uno de ellos, Marco Salinator, se hallaba cruzado de brazos en el umbral de una villa con muros de mármol y columnas de pórfito. Parecía querer impedir el paso. Fornido, con su pelo negro y rizado cubriéndole la parte alta de su estrecha frente, llevaba una espada colgando de un ancho cinturón de cuero con monedas de oro incrustadas. Debía de andar por la treintena.

El otro, Dionisio el Viejo, era un anciano calvo, alto y enjuto. Bajo los pliegues de su túnica blanca se adivinaban los ángulos agudos que dibujaban los huesos de sus hombros y omóplatos. Tenía los ojos hundidos bajo una frente ancha y deformada por protuberancias. Parecía endeble, pero su actitud emanaba tanta energía y determinación, tanta dignidad su mirada, que se le imaginaba capaz de aplazar la muerte hasta el momento en que él mismo tomase la decisión de abandonar este mundo.

Tendió el brazo hacia Marco Salinator y murmuró:

—Tú, Marco, y yo, Dionisio, hemos sido testigos del mayor cambio que ha conocido el Imperio de la humanidad

desde el nacimiento de Cristo.

Asintió con la cabeza y sonrió, desvelando unos dientes punzantes.

—De eso hace, como sabes, trescientos sesenta y cuatro años.

Marco Salinator esbozó una mueca despectiva encojiéndose de hombros.

Dionisio el Viejo se dio la vuelta y, con el brazo aún tendido, señaló el paisaje, las huertas en primer plano, el calvero rodeado por siete cipreses al final de la calle del jardín, el triángulo negro y descrestado del Vesubio envuelto en el horizonte por las brumas de aquel 27 de julio del año 364, y el mar, que, más que verse, se adivinaba.

—Acudo a tu casa —prosiguió, volviéndose de nuevo hacia Marco Salinator— porque Dios la ha protegido, así como a tu familia. Los tuyos se han librado de proscriciones y persecuciones. Desde el día en que Cristo fue crucificado, y emperador tras emperador, han conservado sus vidas y haciendas. Ninguna tormenta, ni terremoto, ni lluvia de lava, ni peste, ni horda de soldados saqueadores o de esclavos rebeldes ha devastado vuestra casa ni se ha llevado a los tuyos. Dios ha querido que vuestra morada y vuestra *gens* sean un arca en el transcurso del tiempo.

Dionisio el Viejo se adelantó. Marco Salinator titubeó, balanceándose sobre ambos pies, y luego se apartó para dejarlo pasar.

Cruzó el vestíbulo, seguido por Marco, llegó al patio interior y caminó lentamente bajo el pórtico con columnas de pórfido.

—La *gens* Salinator —murmuró— es sin duda un arca. Aquí conservas parte de la memoria del Imperio de Roma.

Enumeró los nombres de los antepasados de Marco Salinator, aquellos hombres que se habían codeado con César y Craso, Nerón y Séneca, Vespasiano y Tito, Marco Aurelio y Cómodo, y que habían escrito *Historias* y *Anales*^[1].

—Lo quiero leer todo —dijo.

Apoyó su índice huesudo en el pecho de Marco Salinator y añadió, recalcando cada palabra con una presión de la uña:

—¡Pero tú has renegado de Cristo! Tú, Marco Salinator, cuyos antepasados protegieron a sus discípulos durante las persecuciones y que fueron bautizados, has compartido la vida con ese emperador pagano, Julián el Apóstata, que restableció el culto de los dioses paganos y persiguió a los cristianos. Quiero que me digas por qué has rechazado la fe de tus antepasados, abandonando a Cristo justo cuando el propio Imperio se hacía cristiano. Ya me contarás lo que has visto junto a Julián el Apóstata, qué demonio te ha poseído y probablemente sigas llevando dentro.

Dionisio el Viejo se acercó a Marco sin dejar de apuntarlo con el dedo.

—¿Acaso ignoras que Julián murió reconociendo su derrota, su error, y gritando: «¡Galileo, has vencido!»?

Marco Salinator levantó con brusquedad el brazo de Dionisio el Viejo y repelió al anciano, contestándole con voz bronca:

—Un cristiano, uno de los tuyos, Dionisio, hirió de muerte a Julián. Lo estuve velando. Le apliqué sobre la frente una esponja empapada de agua del Tigris. Me incliné para escuchar las palabras que murmuraba cuando la noche estaba tan oscura que sofocaba las lámparas dispuestas en las esquinas de la tienda imperial. No pronunció el nombre de Cristo, no habló de tu Galileo. Dijo: «¡Dios solar, *Sol invictus*, me has vencido!». Julián reinó y murió permaneciendo fiel a su fe de pagano.

A Dionisio el Viejo se le crispó el rostro. Su boca no pasaba de ser una cicatriz que separaba la prominente barbilla de sus mejillas hundidas y de sus pómulos salientes que parecían estar a punto de rasgarle la piel.

—Lo mató un cristiano, uno de tus hermanos, de esos que predicán la bondad, el amor a la vida —recalcó Marco.

Dionisio hizo una mueca.

—¡Ese chivo se creía emperador! —soltó.

Su voz rezumaba rabia y desprecio.

—¡Ese patán griego renegó de su fe, sacrificó ante ídolos, clausuró las iglesias, persiguió a los fieles de Cristo!

Dionisio el Viejo agarró repentinamente las muñecas de Marco, apretándolas con sus enflaquecidos dedos.

—He acompañado durante toda su vida al emperador Constantino el Grande —dijo—. He visto las señales que Cristo le hizo y que le dieron fe para vencer. Reconoció el poder del Dios único. Quiso, siendo emperador único, que Dios fuera uno, que todo el Imperio se uniera en torno a un solo emperador y un solo Dios. Mandó construir iglesias y basílicas en todas las ciudades. Fundó la *Nova Roma*, Constantinópolis, su ciudad y la de Cristo. ¡Y Julián, ese apóstata, intentó negar la obra de Constantino, volver a los ídolos paganos!

El pecho de Dionisio el Viejo estuvo a punto de chocar contra el de Marco Salinator.

—Te lo he dicho: Tú, Marco, y yo, Dionisio, hemos sido testigos del mayor cambio que haya conocido el Imperio de la humanidad desde el nacimiento de Cristo. Yo he asistido al bautizo del primer emperador cristiano; tú has visto morir a Julián el Apóstata, el último emperador pagano.

Dionisio el Viejo soltó las muñecas de Marco, se alejó unos cuantos pasos y luego se detuvo, juntando las manos delante de la boca y mirando hacia el Vesubio.

—La fe en Cristo es un fuego benéfico —dijo—. Tengo que escribir la historia de ese incendio que ha abrasado todo el Imperio.

Se volvió hacia Marco Salinator.

—Marco Salinator, necesito tu casa, tu hospitalidad. Deseo consultar los escritos de tus antepasados y recopilar tus propios recuerdos.

Tendió el brazo hacia Marco con un ademán protector y amenazante a la vez.

—¡No lo olvides, el Galileo, nuestro Cristo, ha vencido!

2

Para convencer a Marco Salinator, que amó al emperador Julián el Apóstata y jamás renegó de él, Dionisio el Viejo cuenta con el respaldo de la autoridad y del aplomo que confieren la edad, las adversidades superadas y la notoriedad.

En Constantinópolis, en Roma, en Milán, en Tréveris, en Atenas, en Nicomedia, en Antioquía, en Cesarea de Palestina, en Alejandría, en todas aquellas ciudades donde el propio Marco Salinator había vivido, admiraban a Dionisio el Viejo, el confidente, el consejero de Constantino el Grande, el cristiano que, antes de llegar a ser poderoso, de vivir en el palacio imperial, padeció durante su juventud las persecuciones sin jamás renunciar a su fe en Cristo.

Dionisio el Viejo nació en 280 después de Cristo, en pleno invierno, en enero, hijo menor de una familia gala de Lugdunum^[2] convertida al cristianismo.

Solo se sabe de ella lo que Dionisio el Viejo ha revelado.

Es así mismo sabido que la comunidad cristiana de la capital de las Galias ha conservado en la memoria el martirio